



VOLVER A EMPEZAR

Juan Carlos Martín

© Juan Carlos Martín
Febrero de 2001

© de la presente edición electrónica:



VNU Business Publications España, S.A.
San Sotero, 8. 4ª planta
28037 Madrid

Volver a empezar...

Robledo de Chavela, ocho de la mañana. Me siento ante el ordenador y consulto unos datos en la web de mi banco. La luz de la ventana del estudio comienza a regar mi escritorio de un débil tono frío azulado, contrastando con la iluminación caliente que irradiaba la bombilla de tungsteno de mi viejo flexo. Los datos fluían rápidamente por la pantalla del portátil, pero, y sin darme cuenta, fijé la vista en mi fiel pluma estilográfica que estaba situada junto al ordenador. Impulsivamente, cerré los ojos, y recordé un relato que hace tiempo dediqué a mi estilográfica, y que comenzó a fluir en el auditorio de mi mente:

«Debo presentarme. Soy una pluma estilográfica, me llamo de nombre Pelikan, y de apellido Souverän M-800, todo una referencia aristocrática en el prestigioso mundo de la escritura, de lo cual me siento muy orgullosa. Estaba sumida totalmente en la oscuridad, en mi lecho aterciopelado, descansando plácidamente desde hacía unos días. Apenas percibía ruido ni sensación alguna, pero, presentí que algo iba a cambiar esa quietud. De pronto, una leve, pero creciente luz amarillenta, iluminó por completo todo a mí alrededor. Frente a mí estaba mi amo, quien me cogió suavemente con su mano, sintiendo como me miraba intensamente, lo cual me ruborizó un poco. Tras cargarme de tinta, me limpió cuidadosamente y con mucho mimo. Una vez colocado el billetero en el bolsillo superior de su camisa –por cierto de un color azul pálido muy bello–, me situó también junto a él, articulando ligeramente el dorado y reluciente clip de mi capuchón. Estabamos preparados para la aventura, para ese devenir diario y cotidiano, que lo era tanto para mí, como para mi señor.

Mientras circulábamos en su coche hacia la oficina, fui pensando detenidamente en mis cometidos. Debía ser una fiel servidora, ser su orgullo ante amigos y extraños, lucir mi hermoso cuerpo de color verde y negro, engalanado con joyas doradas, y ante todo, funcionar con precisión y suavidad, sin fallo alguno, pues él era muy exigente en todo esto. Mi orgullo me impediría errar ni una sola vez, ¡faltaría más!.

Aparcó el vehículo en el garaje donde trabajaba, y tras un rápido trayecto en el ascensor, que me hizo subir la azulada tinta hasta casi más allá del plumín –pero que de ahí no pasó la cosa, todo fruto de mi buen diseño–, entró en el despacho, sentándose en su amplio sillón. Me sacó del bolsillo, depositándome con mucho cuidado sobre la mesa. Debía tener prisa por escribir algo, pues me quitó rápidamente el capuchón, cogiéndome con firmeza, y me hizo deslizar con decisión por el blanco papel que había frente a él. Sentí como la tinta fluía permanentemente por mis entrañas hacia el plumín, con un latir acompasado, y como iba describiendo bellos trazos, circulando por esa autovía llamada cuartilla, para algunos humanos el Din A4.

Tras un largo rato de ir y venir por el papel, pilotada perfectamente por mi amo, contoneándome como si fuera la mismísima Kim Basinger, y tras percibir mi cargador ligeramente mermado, pude ver que mi trabajo había concluido de momento. Cinco hojas de papel habían sido escritas exhaustivamente por mi precioso plumín –que se note que no tengo abuela–, las estaba releendo mi señor. Sólo hizo unas ligeras correcciones, que consumé con prontitud, procurando no emborronar en demasía el papel. Por fin lo dio todo por bueno, y pasó el escrito a su secretaria para que lo transcribiera a máquina de escribir, bueno, al ordenador, ese artilugio diabólico que pretende competir con nosotras las estilográficas..., pero que es otra cosa.

Vi que llegaba la noche, pues por la ventana la luz se había enrojecido, y algunas luces de neones brillaban intermitentemente. Después se fue oscureciendo todo, resaltando aún más la luz artificial, en medio de la vorágine de la ciudad donde nos encontrábamos. Estaba un poco cansada y soñolienta, pero ante todo contenta, muy contenta, pues el deber estaba cumplido, y sin fallo alguno... había estado a la altura de las circunstancias.

Llegamos a casa tras soportar una lenta circulación nocturna, acurrucada en el bolsillo de su camisa, y sudorosa tras el largo día de trabajo. Encendió la luz del despacho, y tras depositar las llaves y el billeteiro sobre el escritorio, me cogió con suavidad, y tras sentarse un momento, acarició cálidamente mi cuerpo mientras me miraba, así durante un rato, mientras cruzábamos nuestras miradas, recordándome la película Casablanca, él en el papel del Bogart, y yo, en el de la Bergman, con el soniquete acompasado del piano como música de fondo en aquel blanco establecimiento... Estaba convencida de que le seguía gustando,... que aún me amaba y deseaba como desde el primer día, que con este íntimo contacto, todo iba a... volver a empezar».

Abrí de nuevo los ojos, seguía en Robledo de Chavela, ante mí, la pantalla de mi ordenador que me mostraba incesantemente multitud de interesantes datos de la web de mi banco. La luz era ya más cálida y abundante. Tomé varias notas informativas que precisaba, eso sí,... con mi querida pluma estilográfica.

FIN